EL ÍDOLO CON PIES DE BARRO

Así, el piano de frente a la puerta, con frondosas plantas de *anahaw* a ambos lados. Encima, como una nota de alegrante trivialidad, la muñequita de mofletes reventones y labios de rabioso bermellón, envuelta en sedas y encajes, portando en alto, a modo de sombrilla, la pantalla de la bombilla eléctrica color de rosa. En el comedio de la sala, la mesa redonda de *narra*, esbelta y elegante, con su florero de cristal pintado. Macetas en los rincones. Luego, en los intercolumnios, cuadros de firmas conocidas: una reproducción del *Spolarium*[40] de Luna, paisajes de Amorsolo y de Fabián de la Rosa, y desperdigados en las paredes, en artística anarquía de posiciones, dibujos a pluma de Jorge Pineda. Y en sitio prominentísimo el espejo de bisel para que duplicase en su magnífica luna todos los adornos a los ojos del visitante…

—Adiós, artista… —bromeó la esposa.

—¿Por qué no honorable?

—¡Ah, sí, honorabilísimo!...

Ambos rompieron a reír, felices. Era un juego deliciosísimo este trajinar consiguiente a toda mudanza, con los muebles amontonados en todas partes, con cajones y envases tirados al descuido, tropezándose aquí y allí con montones de ropas y de trapos. Así, estaban hechos unas fachas los dos, con la mugre que se les pegaba.

—¡Negro!... —volvió a bromear la esposa.

—¡Negrísima!... —devolvió, regocijado, el marido. Y tornaron a reír, como novios, con aquellas chanzas que sabían a caricias.

[40] Cuadro del pintor filipino Juan Luna presentado en 1884 en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona, donde ganó la medalla de oro. La Diputación de Barcelona lo compró y más tarde el gobierno español lo regaló al gobierno de Filipinas. Ahora se encuentra en el Museo Nacional de Filipinas en Manila. Vid. el índice de nombres, pág. 278.

¡Enorme, inconcebible felicidad! ¿No se realizaban por fin unos sueños que, de puro fantásticos, les habían parecido imposibles? ¡Diputado él, Angelito Monteverde, el hijo pródigo de la familia que, de estudiante cosechaba más calabazas que aprobados! ¡Bah! ¡Cosas de la suerte, tan voluble, tan extraña! Aunque, ¿por qué no? A él sobrábale talento para triunfar, con su mezcla de optimismo y de sentido común que ya iba sirviéndole de peldaños en una gloriosa ascensión. Angelito bien merecía este triunfo y cuantos tuviese.

—¡Eh, tú! Tontuela, ¿no me lo merezco? —preguntó Monteverde, exteriorizando su pensamiento. Su mujer no lo comprendió de pronto, y tuvo que aclarar:

—¿No te parece que me merezco este triunfo?

Y la mujer, deshecha en admiraciones, clamó convencida:

—Ese y todos los triunfos…

Así era aquella Nena Flores, morena simpatiquísima que había trastornado la cabeza a todo el mocerío de su pueblo. Loca de amor y de admiración por su Angelito del alma que se atravesó en su camino, envuelto en un diabólico prestigio de galante y triunfador cuando empezaba ella a sentir una rara nostalgia de amores y cariños. Ella lo había visto venir a su vida, temblando de horror ante posibles desengaños, pues conocíalo sin corazón como abonaban tantas novias abandonadas, tal que trastos inútiles tirados en el camino, cuando, deshecha la ilusión con el afán de novedad satisfecho, enfilaba sus actividades a nuevas y más interesantes conquistas. Sólo que aquella vez, Angelito se enamoró de veras y fue con ella noble, uniéndosele en matrimonio para siempre jamás...

Y he aquí que elegido Angelito diputado, se encontraban en Manila y empezaban a formar su nidito de amor en un suburbio tranquilo y alejado. Un chaletito coquetón, de cuatro habitaciones apenas, monísimo, sin embargo, en su fondo un poco rústico de

nankas[41] y *limoneros*[42]. Bien valía la pena de los cien pesos que tendrían que pagar por él. Nena podría emplear su tiempo, en las ausencias del marido, cuidando del jardín, mientras Angelito triunfaba — ¿acaso alguna vez fracasó en su vida?— en el Salón de Mármol...

—Señorito, que se hace tarde...

En jarras, simulando un gentil enfado, Nena recordó al marido su trabajo. Luego subida sobre una silla, fue detallando los adornos que quería:

—Estatuitas, de porcelana o de escayola, color bronce, en los rincones, bajo la sombra de las macetas. Cortinas de cretona floreada, al estilo *Tutankhamen*[43], en los vanos de las puestas y ventanas. Luego, las anaquelerías atestadas de libros, de grandes libros, para que cuando viniesen los simpatizadores, los líderes, los constituyentes, los amigos, y hasta los adversarios, se quedasen embobados ante tal despliegue de sabiduría…

—Pues, ¡ea!, esto se acabó —protestó, siguiéndola en la broma, el marido— porque ahora mismo me declaro en huelga, y además, me convierto en amo a mi vez y ordeno, y mando a mi antigua ama que me pague el trabajo en... ¡abrazos y besos!

Y la tomó en brazos y la aupó haciendo alarde de su fuerza de atleta. Nena, desde su altura en el aire, no tuvo más remedio que pagar lo que se le exigía…

---

[41] Nombre científico *artocarpus heterophyllus*. En Filipinas también se conoce como 'langka'. Un árbol de 8-15 m. Las frutas tienen forma de saco y la piel granulada, pueden llegar a medir hasta 1 m. de largo. Se puede comer como fruta o como verdura. Ahora se cultiva en casi todos los países tropicales. Su madera se usa para hacer instrumentos de música y muebles.

[42] En Filipinas no hay el mismo tipo de limoneros que en España. Este término, un hispanismo introducido en el tagalo, se refiere a los cítricos que se dan en Filipinas. Puesto que Laygo lo describe como parte del ambiente "rústico" puede tratarse del *calamansi*, o *citrus microcarpa*, muy utilizado en la cocina filipina; o del *limonsito*, o *triphasia trifolia*, un arbusto habitual en jardines por su flor y su fruto rojizo comestible con olor a cítrico.

[43] Habitualmente escrito Tutankamón en español. Con la mención a este estilo Laygo muestra que la casa estaba decorada siguiendo la moda más actual de aquel momento. El arqueólogo británico Howard Carter había descubierto en 1922 la tumba de Tutankamón faraón del siglo XIV a. C. Todo el mobiliario y otras ornamentaciones que se encontraron en las tumbas dieron lugar a una línea de diseño en decoración interior.

De puntillas, sin apenas imprimir a su paso un leve roce de seda, Nena salió del dormitorio. En el amplio lecho de *camagón*[44] antiguo quedaba Angelito, en profundo sueño. Así sucedía todas las mañanas. La vida de diputado debía tener sus imposiciones, porque todas las noches llegaba él a hora avanzada, abrumado bajo el peso de un cansancio que apenas le daba fuerzas para enfundarse en unos *pajamas*[45] y echarse a dormir. Ella se desvelaba también a la fuerza. Hubiésele causado enorme remordimiento pegar los ojos sabiendo que trabajos de una importancia que ella sólo podía adivinar, incapaz de comprender nada en su ignorancia, reteníanlo en su mesa de trabajo. Ya que de nada servía ella, que al menos encontrase el marido siempre que volvía, abiertas, a la par que las puertas de su hogar, las puertas de su cariño en vela.

Pero Nena, acostumbrada a despertarse a la hora del alba, como mujer casera y hacendosa, era siempre la primera en abandonar el lecho.

Ya fuera de la habitación, cogió de una consola el último número de *El Debate*[46]. Era parte de un culto de admiraciones que tributaba a su ídolo. No había como los periódicos, con sus hojas volanderas, para propagar famas. Y desde que una vez, a raíz de la nueva Legislatura, vio en las columnas del diario mañanero la lista de los nuevos miembros, entre los cuales sus ojos de enamorada supieron destacar el nombre de Angelito, guardaba a *El Debate* una rara afección, tal que si considerase al periódico participe de su cariño.

Fue saltando las páginas. Nada. Noticias vulgares, de sucesos que ocurrían todos los días. Relatos de investigaciones administrativas que

[44] Nombre científico *diospyros philippinesis*. Árbol de madera durísima y de gran belleza con vetas negras y marrones claras. Se utiliza para hacer muebles lujosos. Por haber sido muy cotizado durante mucho tiempo ahora está en peligro de extinción.

[45] Del inglés: pijama.

[46] *El Debate*, diario matutino escrito en español que se empezó a publicar a finales del 1918. Se considera este periódico como el sucesor del diario *Consolidación Nacional* de 1913 que fue el primer órgano del Demócrata o partido de la oposición.

en nada le interesaban, de acontecimientos sociales, de algún que otro drama de amor, rojo como el corte de una herida. Luego, ah, sí, ya estaba lo que buscaba, perdido en la sección de anuncios:

—"Crónica Parlamentaria—La sesión de anoche resultó, como casi todas las de esta semana, sin interés alguno. Fue una sesión relámpago...".

La gacetilla, de apenas diez líneas, no mencionaba nombres. Se notaba en su confección el aburrimiento del pobre cronista que no sabía cómo dar forma interesante a la descripción de una jornada parlamentaria que había durado cinco minutos, lo justo para pasar la lista y aprobar unánimemente la moción de levantamiento.

Nena acabó por tirar el periódico disgustada. Otra desilusión, de las que sufría todos los días. ¿Por qué no decían nada de su marido? Sentía como si algo robasen a su ídolo. Angelito, que la abrumaba por la fuerza de su talento y de su personalidad, de recia apostura y lengua suelta, bien merecía los honores de una mención en letras de molde. Envidia debía ser, envidia de esta gente maligna y terrible, incapaz de reconocer méritos en quienes, como Angelito, acababan de venir de provincias, no ungidos todavía con un nombre popular.

Desde el dormitorio, resonó la voz del diputado:

—Oye, Nena, ¿está listo el desayuno?

—Ahora mismo...

—No te olvides de mandar por naranjitas de China, ¿eh?

Fue corriendo a la cocina. No podía confiar a la simplota de la criada la difícil tarea de adivinar qué platos gustarían al ídolo. Desde adentro, la voz insistió:

—Date prisa, Nena.

Era displicente el tono, como si en vez de a una esposa, dictase órdenes a una criada. Pero Nena, incapaz de un resentimiento, lo justificaba pensando en que el desvelo de la noche anterior y la preocupación por trabajos trascendentales poníanlo de mal humor aquella mañana, como todas las mañanas. Su alma, de ingenua y

de enamorada, clamaba por palabras de cariño, pero en ella ejercía supremacía la mujer anulada por una admiración sin nombre.

Ya frente a frente, sentados a la mesa, con el desayuno de por medio, se miraban furtivamente. Ninguno parecía atreverse a romper el silencio que pesaba sobre los dos como un aire hostil. Fue con cierta timidez que Nena inició:

—¿Has pasado bien la noche?

—Sí, relativamente...

Y con más timidez todavía hizo otra pregunta:

—Llegaste muy tarde... ¿Venías de alguna sesión *sine die*?

Recordaba vagamente que siempre que su marido llegaba más tarde de lo ordinario, decíale que venía de una sesión de noche entera que ellos llamaban *sine die*. ¿Qué sabía ella de estas cosas? También, como otras veces, el marido vendría la noche anterior de otra *sine die*.

Y él se lo confirmó, sin mucha seguridad:

—Ah, sí… Se trataba de aprobar los presupuestos, que con la oposición de muchos miembros, no acaban de convertirse en ley.

No volvieron a hablar. Desde que Angelito era diputado, Nena se había vuelto de una timidez extraordinaria. Era como si el puesto hubiese colocado a su marido en un plano vedado a su vulgaridad de mujer ignorante. Bastábale, en estas horas que debían ser de intimidad, contemplar al ídolo y sorprender en sus menores gestos sus deseos y órdenes.

—Sabes, Nena —se dignó por fin decir el marido—, no comeré en casa esta siesta. Tenemos trabajos urgentes en el comité y quedamos los miembros en tomar, a las doce, un ligero piscolabis en un hotel de Intramuros.

Media hora después, Nena volvía a su soledad de todos los días. El ídolo se había ido, a fabricar grandezas con trabajos que le darían nombre y sólo quedábale a la pobre mujer para matar el aburrimiento de larguísimas horas el jardín con la alegre policromía de sus flores raras.

La mala suerte continuaba tenaz, desesperante, y Angelito tuvo que levantarse de la mesa de *poker*[47], a la una de la madrugada. Lo aburría infinitamente aquella partida que llevaba cuatro horas ya, sin que ni una vez por casualidad hubiese podido *conectar* una mala *escalera* siquiera. Además, no era cosa de seguir firmando pagarés que luego, agotadas ya las dietas de todo un mes en descalabros anteriores, no sabría cómo redimir.

Se despidió:

—Bueno, os dejo... Me estoy cayendo de sueño.

Hizo ademán de marcharse, pero antes de que pudiese ganar la puerta, un compañero propuso:

—Vamos a Santa Ana, a bailar un poco. De todos modos, no queda *quórum* para continuar la sesión. Yo pago los gastos de la fiesta...

Lo de todos los días. En las primeras horas de la madrugada se disolvía la sesión *sine die* y, si alguien invitaba, se iban todos al cabaret mencionado.

Angelito volvió a sentir las vacilaciones de costumbre. Aquello era una infamia sin nombre. Una miserable traición a la pobre mujer abandonada en el hogar a quien sorprendía todas las noches aún despierta al volver de sus correrías, bien creída de que él venía de sesiones prolongadas de la Cámara. ¡Si al menos fuera su mujer menos buena para tener, en su desamor, pretexto a tales malas andanzas! Pero no; era ella quien le abría la puerta, transfigurada por el gran cariño que le encendía el alma. Ni una palabra de reproche; nunca una pregunta que implicase duda. Sólo una mansedumbre inmensa, una generosidad sin límites que muchas veces le daba, como un dardo, en pleno corazón haciéndolo odiarse a sí mismo, al tener que reconocerse, por fuerza, miserable.

Otro compañero añadió a la proposición la broma.

—Desafortunado en juego, afortunado en amores... Vaya una

[47] Del inglés: póquer.

suerte la tuya, Angelito... Porque lo que es a tu Josefina, bailando el *scandal*[48], no hay santo en la corte celestial que la resista…

—Y ¡qué gracia, Dios santo!

—Y ¡qué formas!...

—Y ¡qué manera de derretirse en mieles contigo!

Sí, todos estos compañeros de juergas, de juego, de crápulas, conocían la historia. Otra infamia, más grande todavía, aquella bailarina, procaz y desenvuelta, que le había trastornado los sesos, igual que a un colegial. Una preciosidad, realmente, con su pureza de líneas esbeltas, con su exuberancia de carnes blancas. Una pobre muchacha provinciana, a quien la miseria y una carga de seis hermanitos obligaban a ganarse la vida, tejiendo piruetas en un salón de baile. Se la habían disputado a docenas los hombres, pero ella, casquivana al parecer, sólo contestaba con un gracioso mohín a las proposiciones que se le hacían, hasta que llegó él, un poco provincianote en sus trajes y en sus modales, buen mozo sin embargo y gallardo, merced a una vida de método y de aire libre en los campos. Se conocieron y creyeron encontrar, el uno en la otra, al saberse igualmente venidos de provincias, un jirón del hogar pueblerino abandonado y añorado en lo profundo de sus almas, acaso sin saberlo ni ellos mismos.

Pero, ¿a qué pensar en estos escrúpulos? La Vida —así, en mayúscula— le ofrecía generosa estas aventuras que acaso, si no las aprovechaba ahora, no volverían a presentarse nunca. El hogar propio, tan frío, tan falto de interés, con la monotonía de sus macetas eternamente verdes, de sus cuadros inmóviles, lo esperaría así tardase años en aquellas andanzas.

—¡Ea!, vamos —accedió Angelito—. Después nos llevaremos a nuestras respectivas "parejas" y daremos por ahí, bajo la caricia de las estrellas, un paseíto en automóvil…

—Conformes —exclamaron todos a coro.

[48] Baile propio de salas de fiestas nocturnas.

En Santa Ana bailaron un par de *fox-trots* y bebieron media docena de *cocktails*[49], mientras la policromía cambiante de las luces tejía en las copas desbordantes alegres irisaciones y flotaba en el ambiente un enervante aroma de flores marchitas y perfumes baratos. Luego, en tanto que la *jazz band*[50] desgranaba las notas ondulantes del *why did I kiss that girl?*[51], abandonaron, medio beodos, el local para iniciar la segunda parte del programa...

IV

Nena abandonó su labor, sobresaltada. El timbre del teléfono repiqueteaba insistentemente, y en el silencio y tinieblas de la madrugaba tenía una sugestión de catástrofe. Temblábale todo el cuerpo cuando Nena se acercó al aparato:

—El Honorable Monteverde acaba de sufrir un lamentable accidente —oyó, como en sueños, que le decían—. Un vuelco de automóvil...

Adivinó todo el horror del resto. Poderosa, con una precisión inverosímil en los detalles, su imaginación se le pintó el cuadro: el coche hecho pedazos en una violenta anfractuosidad del camino desigual, con las piezas de hierro retorcidas en asimétricas contorsiones, y bajo un montón de planchas destrozadas y cristales rotos, Angelito, su Angelito del alma, inmóvil, desfigurado el rostro por una ablución de sangre, desorbitados los ojos, convertido todo él en un montón de guiñapos sangrientos.

Desde el Hospital habían llamado y a él se dirigió, mal cubierta por una bata de dormir, olvidada, en la trágica intensidad del momento, de todo pudor. El cochero del vehículo que se ofreció llevarla, la miró, como miraría a mujeres de mal vivir.

[49] Del inglés: cóctel.

[50] Del inglés: banda de jazz. Las orquestas de jazz comenzaron a desarrollarse en los años veinte. Era entonces la música de baile más moderna y actual.

[51] Esta pieza de jazz se grabó en 1924 en Nueva York. Es un famoso fox-trox, conocido en español como *¿Por qué la besaría?* Se puede escuchar en la Biblioteca del Congreso de EE.UU.

El sereno del Hospital, acostumbrado a escenas raras, contestó a sus preguntas, indiferente.

—¿El que acaba de sufrir un accidente? Espere… ¡Ah!, sí, está en la sala de emergencia. Deben estar operándolo en este momento.

Un siglo, un siglo entero parecieron durar las palabras del sereno, y otro siglo, de más intensidad todavía, el que tuvo que emplear para cruzar otras tantas salas antes de llegar a la en que se encontraba Angelito.

Y ¡en qué lamentable estado, lo encontró! Medio desnudo sobre la mesa de operación, con las carnes al aire, cubiertas de sangre y lodo en tumefacta mezcla de hediondez y podredumbre. Un golpe tremendo de una barra de hierro le había partido la cabeza en canal. El cráneo, mondo, como si un barbero enloquecido le hubiese desollado el cuero cabelludo con una navaja bárbara, parecía una boca monstruosa que mostrase al desnudo, en vez de sus dientes, la ensangrentada blancura de su fábrica de hueso. Un mechón de cabello, intacto por un caprichoso azar, se plegaba a la frente en haz, destilando igual que el canal de un alero gotas de sangre negruzca. Una pierna, vuelta de revés, colgaba inerte de la mesa y marcaba, con las sacudidas de la operación, absurdas oscilaciones de péndulo...

—Pero, ¿cómo ha sido esto, Dios mío?

Nena hizo la pregunta a ninguno y a todos: al médico, indiferente en aquellos instantes a todo el mundo; a los guardianes nocturnos del Hospital, atraídos a la sala de operación por morbosa curiosidad; a las enfermeras que contemplaban la masculina desnudez del accidentado con una gravedad de sacerdotisas.

—Por favor, explíquenme.

En el silencio pavoroso del cuarto, el bisturí, al henderse en la carne, cortando y rajando, separando pedazos de huesos incrustados, producía, un eco metálico que despertaba otro eco de muerte en el alma de la pobre mujer. El médico, severo, con el pulso seguro, con el aire de aburrimiento de quien se ve forzado a despertarse a hora intempestiva para ejercer una función ordinaria, se inclinaba sobre el

cuerpo tendido, comprobando con mano diestra las partes desarticuladas en el sistema óseo, aplicando todos sus sentidos a la más difícil tarea de sorprender los más ligeros síntomas de interiores lesiones. Era como un oficiante de un culto extraño, vestido de blanco ante un altar de sacrificios.

Una enfermera, dolida de la horrible tensión nerviosa de Nena, quiso ser generosa, explicando el accidente:

—Ocurrió hace una hora, en el Cavite Boulevard[52]. El automóvil, un flamante Hudson[53] de alquiler, llevaba una velocidad de setenta kilómetros. En Cortabitarte[54], quisieron dar la vuelta. La manivela no funcionó, y falto de dirección, con el chófer fuera de sí, el coche se precipitó en una zanja...

—Pero, ¿con quiénes iba? ¿Quién lo trajo?

Otra enfermera, que había oído la conversación, dio pormenores:

—Con algunos amigos y amigas. Venían de Santa Ana... Un poco beodos, igual que el chófer, a quien en un momento de camaradería de vino, obligaron a beber…

Nena mirola con ojos que no comprendían, y la enfermera sin adivinar su propia crueldad, dio detalles precisos:

—Sí, unas bailarinas de aquel cabaret, que iban con ellos de paseo. Habían estado un momento sentados sobre las rocas, tal vez bebiendo... El policía de guardia todavía encontró intactas, por un milagro, botellas de *whiskey* en la zanja donde volcó el coche...

Y fue entonces cuando Nena se dio cuenta. ¡Engañada, engañada en su inmensísima fe, ultrajada alevosamente en lo más sagrado de

[52] En la época de Laygo era el nombre de la avenida que circundaba la bahía de Manila y que conectaba con Cavite, una ciudad de la provincia filipina del mismo nombre. Ocupa una península con forma de anzuelo en la bahía de Manila. Hoy esta avenida recibe dos nombres: Roxas Boulevard y Costal Road.

[53] La fábrica de coches Hudson Motor Car Co. se fundó en 1909. El primer modelo que tuvo un gran éxito fue el Hudson Super-Seis de 1916. Poco después apareció el primer *sedan* con un precio más popular. Uno de estos dos podría haber sido el modelo utilizado en este cuento.

[54] El nombre antiguo de una calle en la zona de Malate, Manila, en honor a Ignacio Cortabitarte Maguregui que fue un pelotari, jugador de pelota vasca, de la especialidad de mano, activo en las décadas entre 1930 y 1950.

sus sentimientos! ¡Angelito, el ídolo, en compañía de mujerzuelas de cabaret, ahíto de vino y de vicios, como un cualquiera, mientras ella, la pobre esposa que en él adoraba, como en un Dios, creíalo abismado en importantísimos trabajos! Y ¡era por eso, y por otras infamias que sólo Dios podía saber, que llegaba todas las noches tarde a casa, con el cuerpo destrozado, sin humor ni para darle las buenas noches en forma de un beso siquiera! Y ¡era por eso que él pretextaba continuamente trabajos urgentes de no sabía ella qué comités!

Desapareció de sus ojos el moribundo, con toda su podredumbre y su miseria. La muerte de sus pobres ilusiones era mucho más cruel que esta muerte inminente del cuerpo del ídolo, arrojado de su pedestal por una triste realidad que enseñaba descarnados sus pies de barro. En una fracción infinitesimal de segundo, que tuvo la duración de una eternidad sin embargo, vio con los ojos de su alma, tal que en una rapidísima cinta cinematográfica, todas las adoraciones locas en que habíalo tenido, convencidísima plenamente, con su sencillez e ingenuidad de provinciana y de enamorada, que no había en la tierra un hombre tan bueno como él. Y ¡ella, que tenía a su ídolo en un plano tan elevado, que jamás osó profanarlo con su vulgaridad de mujer zafia e ignorante! Sintió náuseas, un horror tan profundo de todo aquello, que casi la alegraron las palabras del médico, dichas con la gravedad de una sentencia de muerte:

—Es cuestión de minutos... Un trozo del cristal del parabrisas, fino como estilete, le atravesó el costado izquierdo, perforándole un pulmón…

Sí, que muriese. Mejor era que en el momento trágico de conocerlo en toda su miseria de hombre ordinario y con vicios, desapareciese el ídolo de su vida para siempre, para no tener a quien despreciar, u odiar acaso, durante el resto de ella. Mejor era que el camino, hasta entonces único de sus vidas, bifurcase en direcciones opuestas, ¡ella camino de su calvario, y él, camino de la eternidad!

Nena tuvo ese mal pensamiento porque no pudo impedirlo. Pero luego, su alma cristiana, abnegada hasta el sacrificio, se dio cuenta de

aquella pobreza de sentimientos y se rectificó, clamando a Dios, como una mártir:

—Sálvalo, sálvalo, Dios mío. Si es imprescindible que tomes una vida, te ofrezco la mía.

V

Pero murió Angelito, sin haber recobrado el conocimiento siquiera. Sólo sus ojos, antes de cerrarse para siempre, parecieron recobrar vida un instante e impetrar perdón, en una mirada indefinible, para todas sus maldades. Así creyó Nena, que supo, olvidar todos sus ultrajes en la hora suprema y sellar su perdón con un beso sobre los labios del muerto.

Pero toda su excelsa generosidad no pudo impedir que mientras lloraban sus ojos la muerte del esposo, unas campanas invisibles doblasen a muerto en su corazón por el ídolo que también moría, arrojado de su pedestal por una triste realidad que mostraba descarnados sus pies de barro…